



ACTO TERCERO, ESCENA VIII.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

LOS AMANTES DE TERUEL.

PERSONAS.

JUAN DIEGO MARTÍN GARCÉS DE MAR-
CILLA ó MARSILLA.
ISABEL DE SEGURA.
DOÑA MARGARITA.
ZULIMA.
DON RODRIGO DE AZAGRA.
DON PEDRO DE SEGURA.

DON MARTÍN GARCÉS DE MARSILLA.
TERESA.
ADEL.
OSMIN.
SOLDADOS, MOROS, CAUTIVOS, DAMAS, CA-
BALLEROS, PAJES, CRIADOS, CRIADAS.

El primer acto pasa en Valencia y los demás en Teruel. Año de 1217

ACTO PRIMERO.

Dormitorio morisco en el alcazar de Valencia. A la de-
recha del espectador una cama, junto al proscenio; á
la izquierda una ventana con celosías y cortinajes.
Puerta grande en el fondo y otras pequeñas á los lados.

ESCENA PRIMERA.

ZULIMA, ADEL; JUAN DIEGO MARSILLA, ador-
mecido en la cama: sobre ella un lienzo con
letras de sangre.

ZULIMA.

No vuelve en sí.

ADEL.

Todavía
Tardará mucho en volver.

ZULIMA.

Fuerte el narcótico ha sido.

ADEL.

Poco há se lo administré.—
Dígnate de oír, señora,
La voz de un súbdito fiel,
Que orillas de un precipicio
Te ve colocar el pié.

ZULIMA.

Si disuadirme pretendes,

No te fatigues, Adel.
Partir de Valencia quiero,
Y hoy, hoy mismo partiré.

ADÉL.

¿Con ese cautivo?

ZULIMA.

Tú

Me has de acompañar con él.

ADEL.

¿Así al esposo abandonas?
¡Un amir, señora, un rey!

ZULIMA.

Ese rey, al ser mi esposo,
Me prometió no tener
Otra consorte que yo.
¿Lo ha cumplido? Ya lo ves.
A traerme una rival
Marchó de Valencia ayer.
Libre á la nueva sultana
Mi puesto le dejaré.

ADÉL.

Considera...

ZULIMA.

Está resuelto.
El renegado Zaen,
El que aterra la comarca
De Albarracin y Teruel,
Llamado por mí ha venido,
Y tiene ya en su poder
Casi todo lo que yo
De mis padres heredé,
Que es demás para vivir
Con opulencia los tres.
De la alcazaba saldremos
A poco de anochecer.

ADEL.

Y ese cautivo, señora,
¿Te ama? ¿Sabes tú quien es?

ZULIMA.

Es noble, es valiente, en una
Mazmorra iba á perecer
De enfermedad y de pena,
De frio, de hambre y de sed:
Yo le doy la libertad,
Riquezas, mi mano: ¿quién
Rehusa estos dones? ¡Oh!
Si ofendiera mi altivez
Con una repulsa, caro
Le costara su desden
Conmigo. Tiempo hace ya
Que este acero emponzoñé,
Furiosa contra mi alevé
Corsorte Zeit Abenzeit:
Quien es capaz de vengarse
En el príncipe, tambien
Escarmentara al esclavo,

Como fuera menester.

ADEL.

¿Qué habrá escrito en ese lienzo
Con su sangre? Yo no sé
Leer en su idioma; pero
Puedo llamar á cualquier
Cautivo...

ZULIMA.

El nos lo dirá.
Yo se lo preguntaré.

ADÉL.

¿No fuera mejor hablarle
Yo primero, tú despues?

ZULIMA.

Le voy á ocultar mi nombre:
Ser Zoraida fingiré,
Hija de Mervan.

ADÉL.

¡Mervan!
¿Sabes que ese hombre sin ley
Conspira contra el amir?

ZULIMA.

Á él le toca defender
Su trono, en vez de ocuparse,
Contra la jurada fe,
En devaneos que un dia
Lugar á su ruina den.
Mas Ramiro no recobra
Los sentidos: buscaré
Un espíritu á propósito... (Vase.)

ESCENA II.

OSMIN, por una puerta lateral; ADEL, MARSILLA.

OSMIN.

¿Se fué Zulima?

ADEL.

Se fué.
Tú nos habrás acechado.

OSMIN.

He cumplido mi deber.
Al ausentarse el amir,
Con este encargo quedé.
Es mas cauto nuestro dueño
Que esa liviana mujer.
El lienzo escrito con sangre
¿Dónde está?

ADEL.

Allí. (Señalando la cama.)

OSMIN.

Venga.

ADEL.

Ten.

(*Le da el lienzo y Osmín lee.*)
Mira si es que dice, ya
Que tú lo sabes leer,
Dónde lo puedo escribir;
Porque en el encierro aquel
Apenas penetra nunca
Rayo de luz: verdad es
Que rotas esta mañana
Puerta y cadenas halle:
Debió después de romperlas,
El subterráneo correr,
Y hallando el lienzo...

OSMÍN.

(*Asombrado de lo que ha leído.*) ¡Es posible!

ADEL.

¿Qué cosa?

OSMÍN.

¡Oh vasallo infiel!
Avisar al rey es fuerza,
Y al pérfido sorprender.

ADEL.

¿Es este el pérfido? (*Señalando á Marsilla*)

OSMÍN.

No;
Ese noble aragonés
Hoy el salvador será
De Valencia y de su rey.

ADEL.

Zulima viene.

OSMÍN.

Silencio
Con ella y al punto vé
A buscarme. (*Vase.*)

ADEL.

Norabuena.
Así me harás la merced
De explicarme lo que pasa.

ESCENA III.

ZULIMA, ADEL, MARSILLA.

ZULIMA.

Dejadme sola.

ADEL.

Está bien. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ZULIMA, MARSILLA.

ZULIMA.

Su pecho empieza á latir
TOMO VIII.

Mas fuerte; así que perciba...
(*Aplicale un pomito á la nariz.*)

WARS.

¡Ah!

ZULIMA.

Volvió.

MARS.

(*Incorporándose.*) ¡Qué luz tan viva!
No la puedo resistir.

ZULIMA.

(*Corriendo las cortinas de la ventana.*)
De aquella horrible mansion
Está á las tinieblas hecho.

MARSILLA.

No es esto piedra, es un lecho.
¿Qué ha sido de mi prision?

ZULIMA.

Mira este albergue despacio,
Y abre el corazón al gozo.

MARSILLA.

¡Señora!... (*Reparando en ella.*)

ZULIMA.

Tu calabozo
Se ha convertido en palacio.

MARSILLA.

Dí (porque yo no me esplico
Milagro tal), dí, ¿qué es esto?

ZULIMA.

Que eras esclavo, y que presto
Vas á verte libre y rico.

MARSILLA.

¡Libre! ¡Oh divina clemencia!
Y ¿á quien debo tal favor?

ZULIMA.

¿Quién puede hacerle mejor
Que la reina de Valencia?
Zulima te proporciona
La sorpresa que te embarga
Dulcemente: ella me encarga
Que cuide de tu persona,
Y desde hoy ningún afán
Permitiré que te alija.

MARSILLA.

¿Eres?...

ZULIMA.

Dama suya, hija
del valeroso Mervan.

MARSILLA.

¿De Mervan? (*Ap.*) ¡Ah! ¡qué recuerdo!
(*Busca y recoge el lienzo.*)

ZULIMA.

¿Qué buscas tan azorado?
¿Ese lienzo ensangrentado?

MARSILLA.

(Ap.) Si esta lo sabe, me pierdo.

ZULIMA.

¿Qué has escrito en él?

MARSILLA.

No va

Esto dirigido á ti;
Es para el rey.

ZULIMA.

No está aquí.

MARSILLA.

Para la reina será.
Haz pues que á mi bienhechora
Vea: por Dios te lo ruego.

ZULIMA.

Conocerás aquí luego
A la reina tu señora.

MARSILLA.

¡Oh!...

ZULIMA.

No estés con inquietud.

Olvida todo pesar:
Trata solo de cobrar
El sosiego y la salud.

MARSILLA.

Defienda pródigo el cielo
Y premie con altos dones
Los piadosos corazones
Que dan al triste consuelo.
Tendrá Zulima, tendrás
Tú siempre un cautivo en mí:
Hermoso es el bien por sí,
Pero en una hermosa, mas.
Ayer, hoy mismo, ¿cuál era
Mi suerte? Sumido en honda
Carcel, estrecha y hedionda,
Sin luz, sin aire siquiera;
Envuelto en infecta nube
Que húmedo engendra el terreno;
Paja corrompida, cieno
Y piedras por cama tuve.
—Hoy... si no es esto soñar,
Torno á la luz, á la vida,
Y espero ver la florida
Márgen del Guadalaviar,
Allí donde alza Teruel,
Señoreando la altura,
Sus torres de piedra oscura
Que están mirándose en él.
No es lo mas que me redima
La noble princesa mora:

El bien que me hace, lo ignora
Aun la propia Zulima.

ZULIMA.

Ella siempre algun misterio
Supuso en tí, y así espera
Que me des noticia entera
De tu vida y cautiverio.
Una vez que en tu retiro
Las dos ocultas entramos,
Te oimos... y sospechamos
Que no es tu nombre Ramiro.

MARSILLA.

Mi nombre es Diego Marsilla,
Y cuna Teruel me dió,
Pueblo que ayer se fundó
Y es hoy poderosa villa,
Cuyos muros, entre horrores
De lid atroz levantados,
Fueron con sangre amasados
De sus fuertes pobladores.
Yo creo que al darme ser
Quiso formar el Señor,
Modelos de puro amor,
Un hombre y una mujer;
Y para hacer la igualdad
De sus afectos cumplida,
Les dió un alma en dos partida,
Y dijo: Vivid y amad.
Al son de la voz creadora
Isabel y yo existimos,
Y ambos los ojos abrimos
En un dia y una hora.
Desde los años mas tiernos
Fuimos ya finos amantes;
Desde que nos vimos... antes
Nos amabamos de vernos;
Porque el amor principió
A enardecer nuestras almas
Al contacto de las palmas
De Dios cuando nos crió;
Y así fué nuestro querer,
Prodigioso en niña y niño,
Encarnacion del cariño,
Anticipado al nacer,
Seguir Isabel y yo,
Al triste mundo arribando,
Seguir con el cuerpo amando
Como el espíritu amó.

ZULIMA.

Inclinacion tan igual
Solo dichas pronostica.

MARSILLA.

Soy pobre, Isabel es rica.

ZULIMA.

(Ap.) Respiro.

MARSILLA.

Tuve un rival.

ZULIMA.
¿Sí?

MARSILLA.
Y opulento.

ZULIMA.
Y bien...

MARSILLA.
Hizo
Alarde de su riqueza.

ZULIMA.
¿Y qué? rindió la firmeza
De Isabel?

MARSILLA.
Es poco hechizo
El oro para quien ama.
Su padre, sí, deslumbrado...

ZULIMA.
¿Tu amor dejó desairado,
Privándote de tu dama?

MARSILLA.
Le ví, mi pasión habló
Su fuerza exhalando toda,
Y, suspendida la boda,
Un plazo se me otorgó,
Para que mi esfuerzo activo
Juntara un caudal honrado.

ZULIMA.
¿Es ya el término pasado?

MARSILLA.
Señora, ya véis... aun vivo.
Seis años y una semana
Me dieron: los años ya
Se cumplen hoy; cumplirá
El primer día mañana.

ZULIMA.
Sigue.

MARSILLA.
Un adiós á la hermosa
Dí, que es de mis ojos luz,
Y combatí por la cruz
En las Navas de Tolosa.
Gané con brioso porte
Crédito allí de guerrero;
Luego en Francia, prisionero
Caí del conde Monforte.
Huí, y en Siria un francés
Albigense, refugiado,
A quien había salvado
La vida junto á Besiés,
Me dejó, al morir, su herencia:
Volviendo con fama y oro
A España, pirata moro
Me apresó y trajo á Valencia,

Y en pena de que rompió
De mis cadenas el hierro
Mi mano, profundo encierro
En vida me sepultó,
Donde mi extraño custodio
Sin dejarse ver ni oír,
Me prolongaba el vivir,
O por piedad ó por odio.
De aquel horrendo lugar
Me sacais bella mujer:
Sentir sé y agradecer:
Dí como podré pagar.

ZULIMA.
No borres de tu memoria
Tan debido ofrecimiento,
Y haz por escuchar atento
Cierta peregrina historia.
Un jóven aragonés
Vino cautivo al serrallo:
Sus prendas y nombre callo;
Tú conocerás quien es.
Toda mujer se lastima
De ver padecer sonrojos.
A un noble: puso los ojos
En el esclavo Zulima,
Y férvido amor en breve
Nació de la compasión:
Aquí es brasa el corazón;
Allá entre vosotros, nieve.
Quiso aquel joven huir;
Fué desgraciado en su empeño:
Le prenden, y por su dueño
Es condenado á morir.
Pero en favor del cristiano
Vela Zulima: ciega,
Loca, le salva; mas, llega
A brindarle con su mano.
Respuesta es bien se le dé
En trance tan decisivo:
Habla tú por el cautivo:
Yo por la reina hablaré.

MARSILLA.
Ni en desgracia ni en ventura
Cupo en mi lenguaje dolo.
Este corazón es solo
Para Isabel de Segura.

ZULIMA.
Medita, y concederás
Al tiempo lo que reclama.
¿Sabes tú si es fiel tu dama?
¿Sabes tú si la verás?

MARSILLA.
Me matara mi dolor,
Si fuera Isabel perjura:
Mi constancia me asegura
La firmeza de su amor.
Con espíritu gallardo,
Si quereis daré mi vida:
Dada el alma y recibida,
Fiel al dueño se la guardo.

ZULIMA.

Mira que es poco prudente
 Burlar á tu soberana,
 Que tiene sangre africana,
 Y ama y odia fácilmente.
 Y si ella sabe que cuando
 Yo su corazon te ofrezco,
 Por ella el dolor padezco
 De ver que le estás pisando;
 Volverás á tus cadenas
 Y á tu negro calabozo,
 Y allí yo, con alborozo
 Que mas encone tus penas,
 La nueva te llevaré
 De ser Isabel esposa.

MARSILLA.

Y en prision tan horrorosa
 ¿Cuantos dias viviré?

ZULIMA.

¡Rayo del cielo! el traidor
 Cuanto fabrico derrumba:
 Defendido con la tumba,
 Sé rie de mi furor.
 Trocarás la risa en llanto.
 Cautiva desde Teruel
 Me han de traer á Isabel...

MARSILLA.

¿Quien eres tú para tanto?

ZULIMA.

Tiembla de mí,

MARSILLA.

Furia vana.

ZULIMA.

¡Insensato! La que ves,
 No es hija de Mervan, es
 Zulima.

MARSILLA.

¡Tú la sultana!

ZULIMA.

La reina.

MARSILLA.

Toma, con eso
(Dándole el lienzo ensangrentado.)
 Correspondo á tu aficion:
 Entrega sin dilacion
 A hombre de valor y seso
 El escrito que te doy.
 Sálvete su diligencia.

ZULIMA.

¿Cómo! ¿Qué riesgo?...

MARSILLA.

A Valencia
 Tu esposo ha de llegar hoy;

Y'en llegando, tú y él y otros
 Al sedicioso puñal
 Pereceis.

ZULIMA.

¿Qué desleal
 Conspira contra nosotros?

MARSILLA.

Mervan, tu padre supuesto.
 Si tu cólera no estalla,
 Mi labio el secreto calla,
 Y el fin os llega funesto.

ZULIMA.

¿Cómo tal conjuracion
 A tí?...

MARSILLA.

Frenético ayer,
 La puerta pude romper
 De mi encierro: la prision
 Recorro, oigo hablar, atiendo...
 Junta de alevos impia
 Era, Mervan presidia.
 Allí supe que volviendo
 A este alcázar el amir,
 Trataban de asesinarle.
 Résuélvome á no dejarle
 Pérfidamente morir,
 Y con roja tinta humana
 Y un pincel de mi cabello
 La trama de un lienzo sello,
 Y el modo de hacerla vana.
 Poner al siguiente dia
 Pensaba el útil aviso
 En la cesta que el preciso
 Sustento me conducia.
 Vencióme tenaz modorra,
 Mas fuerte que mi cuidado:
 Desperté maravillado,
 Fuera ya de la mazmorra.
 Junta pues tu guardia, pon
 Aquí un acero, y que venga
 Con todo el poder que tenga
 Contra tí la rebelion.

ZULIMA.

Dé á la rebelion castigo
 Quien tema por su poder;
 No yo, que al anochecer
 Huir pensaba contigo.
 Poca gente, pero brava,
 Que al manchar nos protegiera,
 Sumisa mi voz espera
 Escondida en la alcazaba.
 Con ellos entre el rebato
 Del tumulto, partiré;
 Con ellos negociaré
 Que me venguen de un ingrato.
 Teme la cuchilla airada
 De Zaen el bandolero;
 Tiembla mas que de su acero,
 De esta daga envenenada.

¡Ay del que mi amor trocó
En frenesí rencoroso!
¡Nunca espere ser dichoso
Quien de celos me mató!

MARSILLA.

¡Zulima!... ¡Señora!...
(*Vase Zulima por la puerta del fondo
cierra por dentro.*)

ESCENA V.

OSMIN, MARSILLA

OSMIN.

Baste
De plática sin provecho.
Al rey un favor has hecho:
Acaba lo que empezaste.

MARSILLA.

¡Cómo! ¿tú?...

OSMIN.

El lienzo he leído
Que al rey dirigiste; allí
Le ofreces tu brazo.

MARSILLA.

Si,
Armas y riesgo le pido.

OSMIN.

Pues bien, dos tropas formadas
Con los cautivos están:
Serás el un capitán,
El otro Jaime Celladas.

MARSILLA.

¡Jaime está aquí! Es mi paisano,
Es mi amigo

OSMIN.

Si hay combate,
Así tendrá su rescate
Cada cautivo en la mano.
Con ardimiento lidiad.

MARSILLA.

¿Quién, de libertad sediento,
No lidia con ardimiento
Al grito de libertad?

OSMIN.

Cuanto á Zulima...

MARSILLA.

También
Libre ha de ser.

OSMIN.

No debiera;
Pero llévesela fuera
De nuestro reino Zaen.

ESCENA VI.

ADEL, SOLDADOS MOROS; MARSILLA, OSMIN.

ADEL.

Osmin, á palacio van
Turbas llegando en tumulto,
Y Zaen, que estaba oculto,
Sale aclamando á Mervan.
Zulima nos ha vendido.

OSMIN.

Ya no hay perdón que le alcance.

MARSILLA.

Después de correr el lance,
Se dispondrá del vencido.
Cuando rueda la corona
Entre la sangre y el fuego,
Primero se triunfa, luego...

OSMIN.

Se castiga.

MARSILLA.

Se perdona.

VOCES.

¡Muera el tirano! (*Dentro.*)

MARSILLA.

¡Mi espada!

¡Mi puesto!

OSMIN.

Ven, ven á él.
Guarda el torreón, Adel.

ADEL.

Ten tu acero. (*Dásele á Marsilla.*)

MARSILLA.

¡Arma anhelada!

¡Mi diestra te empuña ya!
Ella al triunfo te encamina.
Rayo fué de Palestina,
Rayo en Valencia será.

ACTO SEGUNDO.

Teruel.—Sala en casa de Don Pedro Segura.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, *entrando en su casa*; MARGARITA,
ISABEL y TERESA, *sabiendo á recibirle.*

MARGARITA.

¡Esposo! (*Arrodillándose.*)

ISABEL.

¡Padre! (*Arrodillándose.*)

TERESA.

¡Señor!

PEDRO.

¡Hija! ¡Margarita! Alzad.

ISABEL.

Dadme á besar vuestra mano.

MARGARITA.

Déjame el suelo besar
Que pisas.

TERESA.

(A Margarita.) Vaya, señora,
Ya es vicio tanta humildad.

PEDRO.

Pedazos del corazón,
No es ese vuestro lugar.
Abrazadme.*(Levanta y abraza á las dos.)*

TERESA.

Así me gusta.

Y á mí luego.

PEDRO.

Ven acá,

Fiel Teresa.

TERESA.

Fiel y franca,
Tengo en ello vanidad.

PEDRO.

Ya he vuelto por fin.

MARGARITA.

Dios quiso
Mis plegarias escuchar.

PEDRO.

Gustoso á Monzon partí,
Comisionado especial
Para ofrecer á don Jaime
Las tropas que alistara
Nuestra villa de Teruel
En defensa de la paz,
Que don Sancho y don Fernando
Nos quieren arrebatar:
Fué don Rodrigo de Azagra,
Obsequioso y liberal,
Acompañándome al ir,
Y me acompaña al tornar;
Mas yo me acordaba siempre
De vosotras con afán.
Triste se quedó Isabel;
Mas triste la encuentro.

TERESA.

Ya.

MARGARITA.

¡Teresa!

ISABEL.

¡Padre!

PEDRO.

Hija mía,
Dime con sinceridad
Lo que ha pasado en mi ausencia.

TERESA.

Poco tiene que contar.

MARGARITA.

¡Teresa!

TERESA.

Digo bien. ¿Es
Por ventura novedad
Que Isabel suspire, y vos
(A Margarita.)

Receis, y ayuneis á pan
Y agua, y os andeis curando
Enfermos por caridad?
Es la vida que traeis,
Lo menos, quince años ha...

MARGARITA.

Basta.

TERESA.

Y hace seis cumplidos
Que no se ha visto asomar
En los labios de Isabel
Ni una sonrisa fugaz.

ISABEL.

(Ap.) ¡Ay mi bien!

TERESA.

En fin, señor,
Del pobrecillo don Juan
Diego de Marsilla nada
Se sabe.

MARGARITA.

Si no callais,
Venid conmigo.

TERESA.

Ir con vos
Fácil es; pero callar...
*(Vanse Margarita y Teresa. D. Pedro
se quita la espada y la pone sobre un
bufete.)*

ESCENA II.

DON PEDRO, ISABEL.

PEDRO.

Mucho me alije, Isabel,

Tu pesadumbre teñaz;
 Pero, por desgracia, yo
 No la puedo remediar.
 Esclavo de su palabra
 Es el varon principal;
 Tengo empeñada la mia,
 La debo desempeñar.
 En el honor de tu padre
 No se vió mancha jamás:
 Juventud honrada pide
 Mas honrada ancianidad.

ISABEL.

No pretendo yo...

PEDRO.

Por otra
 Parte, parece que están
 De Dios ciertas cosas. Oye
 Un lance bien singular,
 Y di si no tiene traza
 De caso providencial.

ISABEL.

A ver.

PEDRO.

En Teruel vivió
 (No se si te acordarás)
 Un tal Roger de Linazà,
 Caballero catalan.

ISABEL.

¿El templario?

PEDRO.

Sí. Roger
 Paraba en Monzon. Allá
 Es voz que penas y culpas
 De su libre mocedad
 Trajéronle una dolencia
 De espíritu y corporal,
 Que vino á dejarle casi
 Mudo, imbécil, incapaz.
 Pacífico en su idiotez,
 Permitíanle vagar
 Libre por el pueblo. Un dia
 Sobre una dificultad
 En mi encargo y sobre como
 Se debiera de allanar,
 Don Rodrigo y yo soltamos
 Palabras de enemistad.
 Marchóse enojado, y yo
 Exclamé al verle marchar:
 ¿Ha de ser este hombre dueño
 De lo que yo quiero mas?
 Si la muerte puede sola
 Mi palabra desatar,
 Lléveme el Señor, y quedo
 Isabel en libertad.

ISABEL.

¡Oh padre!

PEDRO.

En esto, un empuje
 Tremendo á la puerta dan,
 Se abre, y con puñal en mano
 Entra...

ISABEL.

¡Virgen del Pilar!
 ¿Quién?

PEDRO.

Roger. Llégase á mí
 Y en voz pronunciada mal:
 Uno (dijo) de los dos
 La vida aquí dejará.

ISABEL.

¿Y qué hicisteis?

PEDRO.

Yo, pensando
 Que bien pudiera quizás
 Mi muerte impedir alguna
 Mayor infelicidad,
 Crucé los brazos, y quieto
 Esperé el golpe mortal.

ISABEL.

¡Cielos! ¿Y Roger?

PEDRO.

Roger,
 Parado al ver mi ademan,
 En lugar de acometerme
 Se fué retirando atrás,
 Mirándome de hito en hito,
 Llena de terror la faz.
 Asíó con entrambas manos
 El arma por la mitad,
 Y señas distintas hizo
 De querérmela entregar.
 Yo no le atendí, guardando
 Completa inmovilidad
 Como antes: y él, con los ojos
 Fijos, y sin menear
 Los párpados, balbuciente
 Dijo: Matadme, salvad
 En el hueco de mi tumba
 Mi secreto criminal.

ISABEL.

¡Su secreto!

PEDRO.

En fin, de estarse
 Tanto sin pestañear,
 El, cuyos sentidos eran
 La suma debilidad,
 Se trastornó, cayó; dió
 La guarnicion del puñal
 En tierra, le fué la punta
 Al corazon á parar
 Al infeliz, y á mis plantas
 Rindió el aliento vital.

Huí con espanto: Azagra,
 Viniéndose á disculpar
 Conmigo, me halló; le dije
 Que no pisaba el umbral
 De aquella casa en mi vida;
 Y él, pródigo y eficaz,
 Avisó al rey y mandó
 El cadáver sepultar.
 Ya ves, hija: por no ir
 Yo contra tu voluntad,
 Por no cumplir mi palabra,
 Quise dejame matar,
 Y Dios me guardó la vida:
 Su decreto celestial
 Es sin dudá que esa boda
 Se haga por fin... y se hará,
 Si en tres dias no parece
 Tu preferido galan.

ISABEL.

(Ap.) ¡Ay de él y de mí!

ESCENA III.

TERESA, DON PEDRO, ISABEL.

TERESA.

Señor,

Acaba de preguntar
 Por vos don Martín, el padre
 De don Diego.

ISABEL.

(Ap.) ¿Si sabrá?..

TERESA.

Como es enemigo vuestro,
 Le he dejado en el zaguan.

PEDRO.

A enemigo noble se abren
 Las puertas de par en par.
 Que llegue. (*Vase Teresa.*)
 Vé con tu madre.

ISABEL.

(Ap.) Ella á sus piés me verá
 Llorando hasta que consiga
 Vencer su severidad. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO.

Desafiados quedamos
 Al tiempo de cabalgar
 Yo para Monzon; el duelo
 Llevar á cabo querrá.
 Bien. Pero él ha padecido.
 Una larga enfermedad.
 Si no tiene el brazo firme,
 Conmigo no lidiará.

ESCENA V.

DON MARTIN, Y DON PEDRO.

MARTIN.

Don Pedro Segura, seais bien venido.

PEDRO.

Y vos don Martín Garcés de Marsilla,
 Seais bien hallado: tomad una silla.
 (*Siéntase D. Martín mientras D. Pedro va á
 tomar su espada.*)

MARTIN.

Dejad vuestra espada.

PEDRO.

(*Sentándose.*) Con pena he sabido
 La grave dolencia que habeis padecido.

MARTIN.

Al fin me repuse del todo.

PEDRO.

No sé...

MARTIN.

Domingo Celladas...

PEDRO.

¡Fuerte hombre es, á fé!

MARTIN.

Pues aun á la barra le gano el partido.

PEDRO.

Así os quiero yo. Desde hoy, elegid
 Al duelo aplazado seguro lugar.

MARTIN.

Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.

PEDRO.

Hablad en buen hora: ya escucho. Decid.

MARTIN.

Causó nuestra riña...

PEDRO.

La causa omitid:
 Sabémosla entrambos. Por vos se me dijo
 Que soy un avaro, y os privo de un hijo.
 De honor es la ofensa, precisa la lid.

MARTIN.

¿Teneisme por hombre de aliento?

PEDRO.

Sí tal.

Si no le creyera, con vos no lidiara.

MARTIN.

Jamás al peligro le vuelvo la cara.

PEDRO.

Si, nuestro combate puede ser igual.

MARTIN.

Será por lo mismo...

PEDRO.

Sangriento, mortal.
Ha de perecer uno de los dos.

MARTIN.

Oid un suceso feliz para vos...
Feliz para entrambos.

PEDRO.

Decídmelo. ¿Cuál?

MARTIN.

Tres meses hará que en lecho de duelo
Me puso la mano que todo lo guía.
Del riesgo asustada la familia mía,
Quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.
Con tino infalible, con pródigo celo
Salud en la villa benéfica vierte,
Y enfermo en que airada se ceba la muerte,
Le salva su mano, bendita del cielo.
Con vos irritado, no quise atender
Al dulce consejo de amante inquietud.
No cobre (decía) jamás la salud,
Si mano enemiga la debe traer.
Mayor mi tesón á mas padecer,
La muerte en mi alcoba plantó su bandera.
Por fin una noche... ¡Que noche tan fiera!
Blasfemo el dolor haciame ser;
Pedía una daga con furia tenaz...
Rasgar anhelando con ella mi pecho...
En esto á mis puertas, y luego á mi lecho,
Llegó un peregrino, cubierta la faz.
Angel parecia de salud y paz.
Me habla, me consueta; benigno licor
Al labio me pone; me alivia el dolor,
Y parte, y no quiere quitarse el disfraz.
La noche que tuve su postrer visita,
Ya restablecido, sus pasos seguí.
Cruzó varias calles, viniendo hacia aquí,
Y entró en esa ruina de gótica ermita,
Que á vuestros jardines términos limita.
Detúvele entonces: el velo cayó,
Radiante la luna su rostro alumbró...
Era vuestra esposa.

PEDRO.

¡Era Margarita!

MARTIN.

Confuso un momento, cobréme despues,
Y vióme postrado la noble señora.
Con tal beneficio, no cabe que ahora
Provoque mi mano sangriento revés.
Don Pedro Segura, decid á quien es
Deudor este padre de verse con vida,
Que está la contienda por mí fenecida.
Tomad este acero, ponedle á sus piés.
(*Da su espada á D. Pedro, que la coloca en el
bufete.*)

TOMO VIII.

PEDRO.

¡Feliz yo, que logro el duelo escusar
Con vos, por motivo que es tan lisonjero!
Si pronto me hallasteis, por ser caballero,
Cuidado me daba el ir á lidiar.
Con tal compañera, ¿quién no ha de arriesgar
Con susto la vida que lleva, dichosa?
Ella me será desde hoy mas preciosa,
Si ya vuestro amigo quereisme llamar.

MARTIN.

Amigos seremos. (*Danse las manos*)

PEDRO.

Siempre.

MARTIN.

Siempre, sí.

PEDRO.

Y al cabo, ¿qué nuevas teneis de don Diego?
En hora menguada, vencido del ruego
De Azagra, la triste palabra le di.
Si antes vuestro hijo se dirige á mí,
¡Cuánto ambas familias se ahorran de llanto!
No lo quiso Dios.

MARTIN.

Yo su nombre santo
Bendigo; mas lloro por lo que perdí.

PEDRO.

Pero ¿qué?..

MARTIN.

Despues de lá de Maurel,
Donde cayó en manos del conde Simon,
De nadie consigo señal ni razon,
Por mas que anhelante pregunto por él.
Cada dia al cielo con súplica fiel
Pido que me diga qué punto en la tierra
Sostíenele vivo, ó muerto le encierra:
Mundo y cielo guardan silencio cruel.

PEDRO.

El plazo otorgado dura todavia.
Una hora un instante te basta al Eterno:
Y mucho me holgara si fuera mi yerno
Quién á mi Isabel tan fino queria.
Pero si no viene, y cúmplase el dia,
Y llega la hora... por mas que me pesa,
Me tiene sujeto sagrada promesa:
Si fuera posible, no la cumpliria.

MARTIN.

Diligencia escasa, fortuna severa
Parece que en suerte á mi sangre cupo:
Quien á la desgracia sujetar no supo,
Sufrido se muere cuando ella le hiera.
Adios.

PEDRO.

No han de veros de aquesa manera.
Yo quiero esta espada: la mia tomad (*Dásela.*)
En prenda segura de fiel amistad.

MARTIN.

Acepto: un monarca llevarla pudiera.
(Vase D. Martín, y D. Pedro le acompaña.)

ESCENA VI.

MARGARITA, ISABEL.

MARGARITA.

(Ap., siguiendo con la vista á los dos, que se retirán.)

Aunque nada les oí,
Deben estar ya los dos
Reconciliados.

ISABEL.

(Que viene tras su madre.) Por Dios,
Madre, haced caso de mí.

MARGARITA.

No, que es repugnancia loca
La que mostrais á un enlaçe,
Que de seguro nos hace
A todos merced no poca.
Noble sois; pero mirad
Que quien su amor os consagra
Es don Rodrigo de Azagra,
Que goza mas calidad,
Mas bienes: en Aragon
Le acatan propios y ajenos,
Y muestra, con vos al menos,
Apacible condicion.

ISABEL.

Vengativo y orgulloso
Es lo que me ha parecido.

MARGARITA.

Vuestro padre le ha creído
Digno de ser vuestro esposo.
Prendarse de quien le cuadre
No es lícito á una doncella,
Ni hay mas voluntad en ella
Que la que tenga su padre.
Hoy dia, Isabel, así
Se conciertan nuestras bodas:
Así nos casan á todas,
Y así me han casado á mí.

ISABEL.

¿No hay á los tormentos míos
Otro consuelo que dar?

MARGARITA.

No me teneis que mentar
Vuestros locos amoríos.
Yo por delirios no abogo.
Idos.

ISABEL.

En vano esperé.
(Sollozando al retirarse.)

MARGARITA.

¡Qué! ¿llorais?

ISABEL.

Aún no me fué
Vedado este desahogo.

MARGARITA.

Isabel, si no os escucho,
No me acuseis de rigor.
Comprendo vuestro dolor
Y le compadezco mucho;
Pero, hija... cuatro años ha
Que á nadie Marsilla escribe.
Si ha muerto...

ISABEL.

¡No, madre, vive!..

Pero ¿como vivirá!
Tal vez, llorando, en Sion
Arrastra por mí cadenas,
Quizá gime en las arenas
De la libica region.
Con aviso tan funesto
No habrá querido afligirme.
Yo trato de persuadirme,
Y sin cesar pienso en esto.
Yo me propuse aprender
A olvidarle, sospechando
Que infiel estaba gozando
Caricias de otra mujer.
Yo escuché de su rival
Los acentos desabridos,
Y logré de mis oídos
Que no me sonaran mal.
Pero ¡ay! cuando la razon
Iba á proclamarse ufana
Vencedora soberana
De la rebelde pasion,
Al recordar la memoria
Un suspiro de mi ausente,
Se arruinaba de repente
La fortaleza ilusoria,
Y con ímpetu mayor,
Tras el combate perdido,
Se entraba por mi sentido
A sangre y fuego el amor.
Yo entonces á la virtud
Nombre daba de falsía,
Rabioso llanto vertía,
Y hundirme en el ataud
Juraba en mi frenesí
Antes que rendirme al yugo
De ese hombre, fatal verdugo,
Genio infernal para mí.

MARGARITA.

Por Dios, por Dios, Isabel,
Moderad ese delirio;
Vos no sabeis el martirio
Que me haceis pasar con él.

ISABEL.

¡Qué! ¿mi audacia os maravilla
 Pero estando ya tan lleno
 El corazón de veneno
 Fuerza es que rompa su orilla.
 No á vos, á la piedra inerte
 De esa muralla desnuda,
 A esa bóveda que muda
 Oyó mi queja de muerte,
 A este suelo donde mella
 Pudo hacer el llanto mío,
 A no ser tan duro y frío
 Como alguno que le huella,
 Para testigos invoco
 De mi doloroso afán;
 Que, si alivio no le dan,
 No les ofende tampoco.

MARGARITA.

(Ap.) ¿Quién con ánimo sereno
 La oyera?—El dolor mitiga;
 De una madre, de una amiga
 Ven al cariñoso seno.
 Conóceme, y no te ahuyente
 La faz severa que ves;
 Máscara forzosa es
 Que dió el pesar á mi frente;
 Pero tras ella te espera,
 Para templar tu dolor,
 El tierno, indulgente amor
 De una madre verdadera.

ISABEL.

¡Madre mía! ¡(Abrázansc.)

MARGARITA.

Mi ternura
 Te oculté... porque debí...
 ¡Há quince años que hay aquí
 Guardada tanta amargura!
 Yo hubiera en tu amor filial
 Gozado, y gozar no debo
 Nada ya, desde que llevo
 El cilicio y el sayal.

ISABEL.

¡Madre!

MARGARITA.

Temí, recelé
 Dar á tu amor incentivo,
 Y solo por correctivo
 Severidad te mostré;
 Mas oyéndote gemir
 Cada noche desde el lecho,
 y á veces en tu despecho
 Mis rigores maldecir,
 Yo al Señor, de silencioso
 Materno llanto hecha un mar,
 Ofrecí mil veces dar
 Mi vida por tu reposo.

ISABEL.

¡Cielos! ¡Qué revelacion

Tan grata! ¡Qué injusta he sido!
 ¿Que tanto me habeis querido?
 ¡Madre de mi corazón!
 Perdonadme... ¡Qué alborozo
 Siento, aunque llorar me veis!
 Seis años há, mas de seis,
 Que tanta dicha no gozô.
 Mi desgracia contemplad,
 Cuando como dicha cuento
 Que mis penas un momento
 Aplaquen su intensidad.
 Pero este rayo que inunda
 En viva luz mi alma yerta,
 ¿Dejareis que se convierta
 En lobreguez mas profunda?
 Madre, madre á quién adoro,
 El labio os pongo en el pié:
 Mi aliento aquí exhalaré
 Si no cedéis á mi lloro. (Póstrase.)

MARGARITA.

Levanta, Isabel; enjuga
 Tus ojos; confía... Si:
 Cuanto dependa de mí...

ISABEL.

Ya veis que en rápida fuga
 El tiempo desaparece.
 Si pasan tres días, ¡tres!
 Todo me sobra despues,
 Toda esperanzá fallece.
 Mi padre, por no faltar
 A la palabra tremenda,
 Le rendirá por ofrenda
 Mi albedrío en el altar.
 Vuestras razones imprimen
 En su alma la persuacion:
 En mí toda reflexion
 Fuera desacato, crimen.
 Y yo, señora, lo veo:
 Podrá llevarme á casar;
 Pero en vez de preparar
 Las galas del himeneo,
 Que á tenerme se limite
 Una cruz y una mortaja;
 Que esta gala y esta alhaja
 Será lo que necesite.

MARGARITA.

No, no, Isabel; cesa, cesa;
 Yo en tu defensa me empeño:
 No será Azagra tu dueño,
 Yo anularé la promesa.
 Me oirá tu padre, y tamaños
 Horrores evitará.
 Hoy madre tuya será
 Quién no lo fué tantos años.

ESCENA VII.

TERESA, MARGARITA, ISABEL.

TERESA.

Señoras, don Rodrigo de Azagra pide licencia
 para visitaros.

MARGARITA.

Hazle entrar. A buen tiempo llega.
(Vase Teresa.)

ISABEL.

Permitid que yo me retire.

MARGARITA.

Quédate en la pieza inmediata, y escucha nuestra conversacion.

ISABEL.

¿Qué vais á decir?

MARGARITA.

Oyelo, y acabarás de hacer justicia á tu madre.
(Vase Isabel.)

ESCENA VIII.

DON RODRIGO, MARGARITA.

MARGARITA.

Ilustre don Rodrigo...

RODRIGO.

Señora... al fin nos vemos.

MARGARITA.

Honrad mi estrado, ya que la prisa de venir á mi casa no os ha dejado sosegar en la vuestra.

RODRIGO.

Aquí vengo á buscar el sosiego que necesito.
(Siéntase.) ¿Qué me decis de mi desdenosa?

MARGARITA.

¿Me permitiréis que hable con toda franqueza?

RODRIGO.

Con franqueza pregunto yo. Hablad.

MARGARITA.

Mi esposo os prometió la mano de su hija única; y, por él, debéis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevacion de vuestro carácter ¿se satisfarian con la posesion de una mujer cuyo cariño no fuese vuestro?

RODRIGO.

El corazon de Isabel no es ahora mio, lo sé; pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas: cumplirá lo que jure, apreciará mi rendida fe, y será el ejemplo de las casadas.

MARGARITA.

Mirad que su afecto á Marsilla no se ha dismuido.

RODRIGO.

No me inspira celos un rival cuyo paradero se ignora, cuya muerte, para mí, es indudable.

MARGARITA.

¿Y si volviese aun? ¿Y si antes de cumplirse el término, se presentara tan enamorado como se fué, y con aumentos muy considerables de hacienda?

RODRIGO.

Mal haria en aparecer ni antes ni despues de mis bodas. El prometió renunciar á Isabel, si no se enriquecia en seis años; pero yo nada he prometido. Si vuelve, uno de los dos ha de quedar solo junto á Isabel. La mano que pretendemos ambos, no se compra con oro; se gana con hierro, se paga con sangre.

MARGARITA.

Vuestro lenguaje no es muy reverente para usado en esta casa y conmigo; pero os le perdono, porque me perdoneis la pesadumbre que voy á daros. Yo, noble don Rodrigo, yo que hasta hoy consentí en vuestro enlace con Isabel, he visto por último que de él iba á resultar su desgracia y la vuestra. Tengo, pues, qué deciros, como cristiana y madre; tengo que suplicaros por nuestro Señor y nuestra Señora, que desistais de un empeño, ya poco distante de la temeridad.

RODRIGO.

Ese empeño es público, hace muchos años que dura, y se ha convertido para mí en caso de honor. Es imposible que yo desista. No os opongais á lo que no podreis impedir.

MARGARITA.

Aunque habeis desairado mi ruego, tal vez no le desaire mi esposo.

RODRIGO.

Mucho alcanzais con él: adora en vos, y lo merecis, porque há quince años que os empleais en la caridad y la penitencia... Pero... ¿os ha contado ya la muerte de Roger de Lizana?

MARGARITA.

¡Cómo! ¿Roger ha muerto?

RODRIGO.

Sí, loco y mudo, segun estaba; desgraciadamente, segun merecia; y á los piés de don Pedro, como era justo.

MARGARITA.

¡Cielos! Nada sabia de ese infeliz.

RODRIGO.

Ese infeliz era muy delincuente, era el corruptor de una dama ilustre.

MARGARITA.

¡Don Rodrigo!

RODRIGO.

La esposa mas respetable entre las de Ternel.

MARGARITA.

Por compasion... Si Roger ha muerto...

RODRIGO.

Casi espiró en mis brazos. Yo tendí sobre el féretro su cadáver, yo hallé sobre su corazon unas cartas...

MARGARITA.

¡Cartas!

RODRIGO.

De mujer... cinco... sin firmas todas. Pero yo os las presentaré, y vos me direis quien las ha escrito.

MARGARITA.

¡Callad! ¡callad!

RODRIGO.

Si no, acudiré á vuestro esposo: bien conoce la letra.

MARGARITA.

¡No! ¡Dádmelas, rompedlas, quemadlas!

RODRIGO.

Se os entregarán; pero Isabel me ha de entregar á mí su mano primero.

MARGARITA.

¡Oh!

RODRIGO.

Dios os guarde, señora.

MARGARITA.

Deteneos, oidme.

RODRIGO.

Para que os oiga, venid á verlas. (Vase.)

MARGARITA.

Escuchad, escuchadme.

(Vase tras don Rodrigo.)

ESCENA IX.

ISABEL, despues TERESA.

ISABEL.

¡Qué es lo que oí! No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible: solo entiendo que de infeliz he pasado á mas.

(Sale Teresa.)

TERESA.

Señora, un jóven extranjero ha llegado á casa pidiendo que se le dejara descansar un rato...

ISABEL.

Recíbele y déjame.

TERESA.

Ya se le recibió, y le han agasajado con vino y magras; por señas que nada de ello ha probado, como si fuera moro ó judío. Aparte de esto, es muy lindo muchacho: he trabado conversacion con él, y dice que viene de Palestina.

ISABEL.

¿De Palestina?

TERESA.

Yo me acordé al punto del pobre don Diego. Como os figurais que debe estar por allá...

ISABEL.

Sí. Llámale pronto. (Vase Teresa.) ¡Virgen piadosa! ¡Que haya sido sueño lo que pienso que oí! ¡Oh! Pensemos en el que viene de Palestina.

ESCENA X.

ZULIMA, en traje de noble aragonés; TERESA, ISABEL.

ZULIMA.

El cielo os guarde.

ISABEL.

Y á vos

Tambien.

ZULIMA.

(Ap.) Mi rival es esta.

ISABEL.

Mejor podeis descansar En esta sala que fuera.

TERESA.

Este mancebo, señora, Viene de lejanas tierras, De Jerusalem, de Jope, De Belen, y de Judea.

ISABEL.

¿Cierto?

ZULIMA.

Sí.

TERESA.

Y ha conocido Allá gente aragonesa.

ZULIMA.

Un caballero traté De Teruel.

ISABEL.

¿Cual? ¿Quién? ¿Quién era? Su nombre.

ZULIMA.

Diego Marsilla.

ISABEL.

¡Os trajo Dios á mi puerta!
¿Dónde le dejais?

TERESA.

Entonces

¿Era ya rico?

ZULIMA.

Una herencia

Cüantiosa le dejaron
Allí.

ISABEL.

Pero ¿dónde queda?

ZULIMA.

Hace poco era cautivo
Del rey moro de Valencia.

ISABEL.

¡Cautivo! ¡Infeliz!

ZULIMA.

No tanto.

La esposa del rey, la bella
Zulima, le amó.

ISABEL.

¿Le amó?

ZULIMA.

¡Sí! ¡mucho!

TERESA.

¡Qué desvergüenza!

ISABEL.

¡Y qué! ¿No viene por eso
Marsilla donde le esperan?

TERESA.

¿Se ha vuelto moro quizá?

ZULIMA.

(Ap.) Ya que padecí, padezca.
Finjamos.

ISABEL.

Hablad.

ZULIMA.

No es fácil
Resistir á una princesa
Hermosa y amante: al fin
Marsilla, para con ella,
Era un miserable.

TERESA.

Pero

Vamos, acabad...

ISABEL.

(Ap.) ¡Apenas
Vivo!

ZULIMA.

El rey llegó á saber
Lo que pasaba; la reina
Pudo escapar, protegida
Por un bandido, cabeza
De la cuadrilla temible
Que hoy anda por aquí cerca;
Y Marsilla...

ISABEL.

¿Qué?

ZULIMA.

Rogad

A Dios que le favorezca.

ISABEL.

¡Ha muerto! ¡Jesús, valedme!
(Dermáya)

TERESA.

¡Isabel! ¡Isabel!— ¡Buena
La habeis hecho!

ZULIMA.

(Ap.) Sabe amar

Esta cristiana de veras;
Yo sé mas, yo sé vengarme.

TERESA.

¡Señora!— ¡Paula! ¡Jimena!
(A Zulima.) Buscad agua, llamad gente.

ZULIMA.

(Ap.) Salgamos. Con esta nueva,
Se casará. (Vase.)

TERESA.

¡Dios confunda
La boca ruin que nos cuenta
Noticia tan triste!.. Pero
Un prójimo que no prueba
Cerdo ni vino, ¿qué puede
Dar de sí?
(Salen dos criadas que traen agua.)
Pronto aquí, lerdas.
¿Dónde estabais? A ver: dadme
El agua.

ISABEL.

¡Ay Dios! ¡Ay Teresa!

ESCENA XI.

MARGARITA, ISABEL, TERESA, CRIADAS.

MARGARITA.

¿Qué sucede?

ISABEL.

¡Ay madre mía!
Ya no es posible que venga.
Murió.

MARGARITA.

¿Quién? ¿Marsilla?

TERESA.

¿Quién
Ha de ser?

ISABEL.

Y ha muerto en pena
De serme infiel.

TERESA.

Una mora,
Que dicen que no era fea,
La esposa del reyezuelo
Valenciano, buena pieza
Sin duda, nos le quitó.

ISABEL.

¡En esto paran aquellas
Ilusiones de ventura
Que alimentaba risueña!
Conmigo nacieron, ¡ay!
Se van y el alma se llevan.
Ese infausto mensajero,
¿Dónde está? Dile que vuelva.

MARGARITA.

Sí: yo le preguntaré...

TERESA.

Pues como nos de respuestas
Por el estilo... Seguidme.
(Vanse Teresa y las criadas.)

ESCENA XII.

MARGARITA, ISABEL.

ISABEL.

¿Quién figurarse pudiera
Que me olvidara Marsilla?
¡Qué sonrojo! ¡Qué vileza!
Pero ¿cómo ha sido, cómo
Fué que no lo presintiera
Mi corazón? No es verdad:
Imposible que lo sea.
Se engañó, si lo creyó,
La sultana de Valencia.
Solo por volar á mí,
Quebrantando sus cadenas,
Dejó soñar á la mora
Con esta falaz idea.
Mártir de mi amor ha sido,
Que desde el cielo en que reina,
De su martirio me pide
La debida recompensa.
Yo se la daré leal,

Yo defenderé mi diestra:
Viuda del primer amor
He de bajar á la huesa.
Llorar libremente quiero
Lo que de vivir me resta,
Sin que pueda hacer ninguno
De mis lágrimas ofensa.
No he de ser esposa yo
De Azagra: primero muerta.

MARGARITA.

¿Tendrás valor para?...

ISABEL.

Sí,
Mi desgracia me le presta,

MARGARITA.

¿Y si te manda tú padre?...

ISABEL.

Diré que no.

MARGARITA.

Si te ruega...

ISABEL.

No.

MARGARITA.

Si amenaza...

ISABEL.

Mil veces
No. Podrán en hora buena,
De los cabellos asida
Arrastrarme hasta la iglesia,
Podrán maltratar mi cuerpo,
Cubrirle de áspera jerga,
Emparedarme en un claustro
Donde lentamente muera:
Todo esto podrán, sí; pero
Lograr que diga mi lengua
Un sí perjuro, no.

MARGARITA.

Bien,
Bien. Tu valor... me consuela.
(Ap.) Nada oyó: mas vale así.
La culpa no la inocencia
Debe padecer.—Ten siempre
Esa misma fortaleza
Y no te dejes vencer,
Suceda lo que suceda.
Matrimonio sin cariño
Crímenes tal vez engendra.
Yo sé de alguna infeliz
Que dió su mano violenta...
Y... despues de larga lucha...
Desmintió su vida honesta.
Muchos años lleva ya
De dolor y penitencia...
Y al fin le toca morir
De oprobio justo cubierta.

ISABEL.

¡Ah madre! ¿Qué dije yo?
Me olvidé con esa nueva,
De otra desdicha tan grande
Que á mi desdicha supera.

MARGARITA.

¡No te cases, Isabel!

ISABEL.

Sí, madre: mi vida es vuestra:
Dároslo me manda Dios,
Lo manda naturaleza.

MARGARITA.

¡Hija!

ISABEL.

Por fortuna mia,
Marsilla al morir me deja
El corazón sin amor
Y sin lugar donde prenda.
Por mas fortuna, Marsilla
De mí se olvidó en la ausencia,
Y puso en otra mujer
El amor que me debiera.
Por dicha mayor, Azagra
Es de condicion soberbia,
Celoso, iracundo: así
Mis lágrimas y querellas
Insufribles le serán;
Querrá que yo las contenga,
No podré, se irritará,
Y me matará.

MARGARITA.

¡Me aterra,
Hija, me matas á mí!

ISABEL.

Tengo yo cartas que lea:
Puede encontrármelas.

MARGARITA.

¡Oh!
¡Si como las tuyas fueran
otras!...

ISABEL.

Y tengo un retrato
En esta joya. (Sacu un relicario.)

¿Son esas

Sus facciones? Pues sabed
Que, sin estudio ni regla,
De amor guiada la mano,
Al primer ensayo diestra,
Yo supe dar á ese rostro
Semejanza tan perfecta.
Me sirvió para suplir
De Marsilla la presencia;
No le necesito ya:
Mas vale que no le vea.
¡Ah! dejadme que le bese
Una vez... la última es esta.

Tomad. ¿Veis? el sacrificio
Consumo, y estoy serena,
Tranquila... como la tumba.
Imitad vos mi entereza.
Mi calma... y no me digais
Una palabra siquiera.
De mi vuestra fama pende:
La conservareis ilesa.
Yo me casaré: no importa,
No importa lo que me cuesta. (Vase.)

ESCENA XIII.

MARGARITA.

Y ¿debo yo consentir
Que la inocente Isabel,
Por mi egoismo cruel,
Se ofrezca mas que á morir?
Pero ¿cómo he de sufrir
Que, perdida mi opinion,
Me llame todo Aragon
Hipócrita y vil mujer?
Mala madre me hace ser
Mi buena reputacion.
A todo me resignara
Con ánimo ya contrito,
Si al saberse mi delito,
Yo sola me deshonrara.
Pero á mi esposo manchara
Con ignominia mayor.
¡Hija infeliz en amor!
¡Hija desdichada mia!
Perdona la tiranía
De las leyes del honor.

ACTO TERCERO.

Retrete ó gabinete de Isabel. Dos puertas.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, TERESA.

(Aparece Isabel ricamente vestida sentada en un sillón junto á una mesa, sobre la cual hay un espejo de mano, hecho de metal. Teresa está acabando de adornar á su ama.)

TERESA.

¿Qué os parece el tocado? Nada, ni me oye.
Que os mireis os digo; tomad el espejo. *Se le da á Isabel, que maquinalmente le toma, y deja caer la mano sin mirarse.* A esotra puerta. Miren ¡que trazas estas de novia!—¡Ved qué preciosa gargantilla voy á poneros! (Isabel inclina la cabeza.) Pero alzála la cabeza, Isabel. Si esto es amortajar á un difunto.

ISABEL.

¡Marsilla!

TERESA.

(*Aparte.*) Dios le haya perdonado. (*Alto.*) Ea se concluyó. Bien estais. Ello, sí, me habeis hecho perder la paciencia treinta veces.

ISABEL.

¡Madre mía!

TERESA.

Si echais menos á mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella, la caridad es antes que todo. El juez de este año, Domingo Celladas, tenia un hijo en tierra de infieles: Jaime, ya le conoceis. Hoy sin que hubiese noticia de que viniera, se lo han encontrado en el camino de Valencia unos mercaderes, herido y sin conocimiento. Por un rastro de sangre que iba á parar á un hoyo, se ha comprendido que debieron echarle dentro; y se cree que hasta poder salir, habrá estado en el hoyo quizá mas de un día, porque las heridas no son recientes. Vuestra madre ha sido llamada para asistirle; me ha encargado que os aderece, os he puesto hecha una imagen; y ni siquiera he logrado que deis una mirada al vestido para ver si os gusta.

ISABEL.

Sí: es el último.

TERESA.

¡El dulcísimo nombre de Jesús! No lo quiera Dios, Isabelita de mi alma: no lo quiera Dios; antes os hará tan dichosa como vos mereceis. Pero salid de ese abatimiento: mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles que decir.

ISABEL.

(*Con sobresalto.*) ¿Qué hora es ya?

TERESA.

No tardarán en tocar á visperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió de Teruel don Diego, y hasta que pase, mi señor no se considera libre de su promesa.

ISABEL.

Sí, á esa hora, á esa hora misma partió... para nunca volver. En este aposento, allí delante de ese balcon estaba yo, llorando sobre mi labor, como ahora sobre mis galas. Continuamente miraba á la calle por donde habia de pasar, para verle: ahora no miro: no le veré. Por allí vino, dirigiendo el fogoso alazan enseñado á pararse bajo mis balcones. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. Hasta la dicha ó hasta la tumba, me dijo. Tuya ó muerta, le dije yo; y caí sin aliento en el balcon mismo, tendidas las manos hácia la mitad de mi alma que se ausentaba. ¡Suya ó muerta! Y voy á dar la mano á Rodrigo. ¡Bien cumplo mi palabra!

TOPO VIII.

TERESA.

Hija mía, desechad esas ideas. ¿Yo que os he de decir para consolaros? Que os he visto nacer, que habeis jugado en mis brazos, y en mis rodillas... y que diera yo porque recobra-seis la paz del alma y fuerais feliz, ¡ay! diera yo todos los días que me faltan que vivir, menos uno para verlo.

ISABEL.

¡Feliz, Teresa! Con este vestido, ¿cómo he de ser feliz! ¡Pesa tanto, me ahoga tanto!... Quitamele, Teresa. (*Levantándose.*)

TERESA.

Señora, que viene don Rodrigo.

ISABEL.

¡D. Rodrigo! Busca pronto á mi madre. (*Vase Teresa.*)

ESCENA II.

DON RODRIGO, ISABEL.

RODRIGO.

Mis ojos por fin os ven
A solas, angel hermoso.
Siempre un amargo desden
Y un recato riguroso
Me han privado de este bien.
Trémula estais: ocupad
La silla.

ISABEL.

¡Ante mi señor!

RODRIGO.

Esclavo direis mejor.
Soberana es la beldad
En el reino del amor.

ISABEL.

¡Mentida soberanía!

RODRIGO.

De mi rendimiento fiel,
Que duderais no creía.
¡Si á conocer, Isabel,
Llegaseis el alma mía!

ISABEL.

¿Para qué? Señas ha dado
Que indican su índole bella.

RODRIGO.

Mi destino desastrado
Solo mostrar me ha dejado
Lo deforme que hay en ella.
Un Azagra conoceis
Orgullosa y vengativo:
Y otro por fin hallareis,
Que en vuestro rigor esquivo

Figuraros no podeis.
 El Azagra que os adora,
 El Azagra para vos,
 Aun no le visteis, señora;
 Y nos conviene á los dos
 Una explicacion ahora.

ISABEL.

Mis padres pueden mandar,
 Yo tengo que obedecer,
 Nada pretendo saber:
 Hiciera bien en callar
 Quien ha logrado vencer.

RODRIGO.

El vencedor, que aparece
 Lleno ante vos de amargura,
 Manifestaros ofrece
 Que sabe lo que merece
 Doña Isabel de Segura.
 Os vi, y en vos admiré
 Virtud y belleza rara:
 Digno de vos me juzgué,
 Y uniros á mi juré,
 Costara lo que costara.
 Maldicion mas espantosa,
 No pudo echarme jamás
 Una lengua venenosa
 Que decir:—No lograrás
 Hacer á Isabel tu esposa.
 —Lidiaré, si es necesario,
 Por ella con todo el orbe,
 Clamaba yo de ordinario.
 ¡Infeliz el que me estorbe,
 Competidor ó contrario!
 En mi celoso furor
 Cabe hasta lo que denigre
 Mi calidad y mi honor.
 Amo con ira de tigre...
 Porque es muy grande mi amor.
 No el vuestro; tan delicado,
 Me pinteis para mi mengua:
 Quizá no lo haya espresado
 En seis años vuestra lengua,
 Sin que me lo hayan contado.
 Cuantas cartas escribió
 Marsilla ausente, leí:
 El su retrato no vió,
 Yo sí: junto á vos aquí
 Siempre tuve un guarda yo.
 Ha sido mi ocupacion
 Observaros noche y dia;
 Y abandonaba á Monzon
 Siempre que lo permitia
 La marcial obligacion.
 Viéndoos al balcon sentada
 Por las noches á la luna,
 Mi fatiga era pagada:
 Jamás fué mujer ninguna
 De amante mas respetada.
 Para romper mis prisiones,
 Para defectos hallaros
 Fueron mis indagaciones;
 Y siempre para adoraros

Encontré nuevas razones.
 Seducido el pensamiento
 De lisonjeros engaños,
 Un favorable momento
 Espero hace ya seis años,
 Y aun llegado no lo cuento.
 Pero, por dicha, quizá
 No deba estar muy distante.

ISABEL.

¡Qué! Pensais que cesará
 Mi pasion, muerto mi amante?
 No; lo que yo vivirá.

RODRIGO.

Pues bien, amad, Isabel.
 Y decidlo sin reparo;
 Que con ese amor tan fiel,
 Aunque á mi me cueste caro,
 Nunca me hallareis cruel.
 Mas si ese afecto amoroso,
 Cuya espresion no limito,
 Mantener os es forzoso,
 Yo, mi bien, yo necesito
 El nombre de vuestro esposo.
 No mas que el nombre, y concluyo
 De desear y pedir:
 Todas mis dichas incluyo
 En la dicha de decir:
 Me tienen por dueño suyo.
 Separada habitacion,
 Distinto lecho tendreis...
 ¿Quereis mas separacion?
 Vos en Teruel vivireis,
 Yo en la corte de Aragon.
 ¿Temeis que la soledad
 Bajo mi techo os consuma?
 Vuestros padres os llevad
 Con vos: mudareis en suma
 De casa y de vecindad.
 Nunca sin vuestra licencia
 Veré esos divinos ojos...
 ¡Ay! dádmela con frecuencia.
 Si os oprimen los enojos,
 Hablad, y mi diligencia
 Ya un festin, ya una batida,
 Ya un torneo dispondrá.
 Si llorais... ¡Prenda querida!
 Cuando lloreis, ¿qué os dirá
 Quien no ha llorado en su vida?
 Miseros ambos, hacer
 Con la indulgencia podemos
 Menor nuestro padecer.
 Ahora, aunque nos casemos,
 ¿Me podreis aborrecer?

ISABEL.

¡Don Rodrigo! ¡Don Rodrigo!
 (Sollozando.)

RODRIGO.

¡Llorais! ¿Es porque me nuestro
 Digno de ser vuestro amigo?

¿No sufrí del odio vuestro
Bastante el duro castigo?

ISABEL.

¡Oh! no, no: mi corazón
Palpitar de odio no sabe.

RODRIGO.

Ni al mirar vuestra aflicción,
Hay fuerza en mí que no acabe
Rindiéndose á discreción.
Es ya el caso de manera,
Que el infausto desposorio
Viene á ser obligatorio
Para ambos: lo demás fuera
Dar escándalo notorio.
Pero el amor que os consagro,
Se ha vuelto á vos tan propicio,
Que si Dios en su alto juicio
Quiere obrar hoy un milagro...
Contad con un sacrificio.
Ayer, si resucitara
Mi aciago rival Marsilla,
Sin compasión le metara,
Y sin limpiar la cuchilla,
Corriera con vos al ara.
Hoy, resucitado ó no,
Si antes que me deis el sí,
Viene... que triunfe de mí.

ISABEL.

¡Vos sí que triunfais así
De esta débil mujer!

*¡Llanto le ahoga la voz por unos instantes;
Luego al ver á don Pedro y á los que le acom-
pañan, se contiene, exclamando.)*

¡Oh!

ESCENA III.

DON PEDRO, DON MARTIN, *damas, caballeros,
pajes*, ISABEL, DON RODRIGO; *después*
TERESA.

PEDRO.

Hijos, el sacerdote que ha de bendecir vuestra union, ya nos está esperando en la iglesia. Tanto mis deudos como los de Azagra me instan á que apresure la ceremonia: pero aun no ha fenecido el plazo que otorgué á D. Diego. Al toque de vísperas de un domingo salió de su patria el malogrado jóven, seis años y siete dias hace: hasta que suene aquella señal en mi oído, no tengo libertad para disponer de mi hija. (*A D. Martin.*) Porque veais de que modo cumplo mi promesa, os he rogado que vinierais aquí.

MARTIN.

¡Inútil escrupulosidad! No os detengais. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

ISABEL.

(*Aparte.*) ¡Infeliz!

PEDRO.

Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo,
cual me hallaría viviendo. (*Sale Teresa.*)

RODRIGO.

Isabel deseará la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del juez...

TERESA.

Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si antes de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á los desposorios: esto me ha dicho.

PEDRO.

La esperaremos en el templo. (*A D. Martin.*) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, venid...

MARTIN.

Excusadme el presenciar un acto que debe serme tan doloroso.

PEDRO.

Estad seguro de que mientras no oigais las campanas, no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos.

ISABEL.

(*Aparte.*) ¡Morada de mi pasado bien, adios para siempre! (*Vanse todos, menos D. Martin.*)

ESCENA IV.

DON MARTIN.

Con pena, con celos veo yo á Isabel dirigirse al altar. Hubo un tiempo en que la tuve por hija: hoy me quitan su filial cariño, y ella consiente. Pero ¿qué falta hace al misero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó? ¡Si su sombra necesita lágrimas, bien se puede satisfacer con las mías!

ESCENA V.

ADEL, DON MARTIN,

ADEL.

Cristiano, busco á Martin Marsilla, que está aquí, segun se me dice. ¿Eres tú?

MARTIN.

Yo soy.

ADEL.

¿Qué sabes de tu hijo?

MARTIN.

¡Moro!... su muerte.

ADEL.
Esa noticia... ¿quién la ha traído?

MARTIN.
Un jóven forastero.

ADEL.
¿En dónde para?

MARTIN.
Apenas se detuvo en Teruel: yo no pude verle.

ADEL.
¿Qué ha pasado con Jaime Celladas?

MARTIN.
Le han herido gravemente al llegar á la villa: en su lecho yace todavía sin voz ni conocimiento.

ADEL.
¿Luego tú nada sabes?

MARTIN.
¿Qué ves á decirme?

ADEL.
Acabo de averiguar que disfrazada con traje de hombre, ha entrado en Teruel Zulima, la esposa del amir de Valencia.

MARTIN.
¿La que fué causa de la pérdida de mi hijo?

ADEL.
El la desdeñó, y ella se ha vengado mintiendo.

MARTIN.
¿Mintiendo?

ADEL.
¡Anciano! Bendice al señor: aun eres padre.

MARTIN.
¡Dios poderoso!

ADEL.
Tu hijo libró de un asesinato pérfido al amir de Valencia, y el amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate, no se le permitió caminar hasta reponerse. Jaime venia delante para anunciar su vuelta. Sígueme, y no pararé hasta poner á Marsilla en tus brazos. (*Vase*)

MARTIN.

(*Alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo.*)
¡Señor! ¡Señor!

ESCENA VI.

MARGARITA; DON MARTIN.

MARGARITA.
(*Dentro.*) ¡Isabel! ¡Isabel! (*Sale y repara en D. Martin, que se retiraba con Adel.*) D. Martin...

MARTIN.
(*Deteniéndose.*) Margarita, sabedlo...

MARGARITA.
Sabedlo el primero. Jaime Celladas...

MARTIN.
Ese moro que veis...

MARGARITA.
Ha vuelto en sí.

MARTIN.
Viene de Valencia.

MARGARITA.
Jaime tambien.

MARTIN.
Vive mi hijo.

MARGARITA.
Lo ha dicho Jaime. Corred, impedid ese casamiento. (*Oyese el toque de visperas.*)

MARTIN.
¡Ah! ya es tarde.

MARGARITA.
¡Dios ha rechazado mi sacrificio!

MARTIN.
¡Hijo infeliz!

MARGARITA.
¡Hija de mis entrañas! (*Vanse.*)

Bosque inmediato á Teruel.

ESCENA VII.

MARSILLA, atado en un arbol.

Infames bandoleros,
Que me habeis á traicion acometido,
Venid y ensangrentad vuestros aceros:
La muerte ya por compasion os pido.
--Nadie llega, de nadie soy oido:
Vuelve el eco mis voces, y parece
Que goza en mi dolor y me escarnece.
Me adelanté á la escolta que traia:
Su lento caminar me consumia.
Yo vengo con amor; ellos con oro.
--Enemigos villanos,
Los ricos dones del monarca moro

No como yo darán en vuestras manos:
Tienen quien los defiendan.
Pero las horas pasan, huye el día.
¿Qué vas á imaginar, Isabel mía?
¿Que pensarás, idolatrada prenda,
Si esperando abrazar al triste Diego
Corrido el plazo ves, y yo no llego?
Mas por Jaime avisados
En mi casa estarán: pronto, azorados
Con mi tardanza... Si, ya se aproxima gente.
¿Quién es?

ESCENA VIII.

ZULIMA, en traje de hombre; MARSILLA. •

ZULIMA.

Yo soy.

MARSILLA.

¡Cielos! ¡Zulima!
¡Tú aquí! (Ap.) ¡Presagio horrendo!

ZULIMA.

Vecinos de Teruel vienen corriendo
A quienes mas que á mi toca librarte:
Yo solo en esa parte
Me debo detener mientras te digo
Que Isabel es mujer de don Rodrigo.

MARSILLA.

¡Gran Dios! Mas no: me engañas, impostora.

ZULIMA.

Zaen, que llega de Teruel ahora,
Zaen, ha visto dar aquella mano,
Tan ansiada por tí.

MARSILLA.

Finges en vanò:
Tú ignoras que mi próxima llegada
Previno un mensajero.

ZULIMA.

Tú no sabes
Que un tirador certero
Supo dejar tu prevision burlada,
Saliéndole al camino al mensajero.
Yo hablé con Isabel, yo de tu muerte
La noticia le di, y á los bandidos
Encargué que tu viaje detuvieran.
Yo, celebradas de Isabel las bodas,
Te las vengo á anunciar.

MARSILLA.

¿Con que es ya tarde?

ZULIMA.

Mírame bien y dúdalo si puedes.
Inútiles mercedes
El rey te prodigó: mas he podido
Prófuga yo que mi real marido.
Yo mi amor te ofrecí, bienes y honores.
Y te inmolé mi fe y el ser que tengo;

Tú preferiste ingrato mis rencores:
Me ofendiste cruel, cruel me vengo.
Adios: en mi partida
Te dejo por ahora con la vida,
Mientras padeces en el duro potro
De ver á tu Isabel en brazos de otro. (Vase)

ESCENA IX.

MARSILLA.

Monstruo, por cuya vez ruge el abismo.
Vuelve y di que es engaño
Todo lo que te oi. (Forceja para desatarse.)
Lazos crueles,
¿Cómo me resistís? ¡Ligan cordeles
Al que hierros quebró! ¿No soy el mismo?
¡Ah! no. Mujer fatal, cortos instantes
Me quedan que vivir, si no has mentido;
Pero ¡permita Dios que mueras antes!

ESCENA X.

ADEL, pasando por una altura MARSILLA.

ADEL.

Rumor aquí he sentido.
Atraviesan el valle bandoleros
Con Zulima á caballo.
Yo, cueste lo que cueste,
La tengo de prender: voy á ver si hallo
Cerca mis compañeros.

MARSILLA.

¿Quién va?

ADEL.

Marsilla es este.
(A voces.) ¡Aquí! ¡Por ese lado, caballeros!
(Vase.)

ESCENA XI.

DON MARTIN, caballeros, criados; MARSILLA.

MARTIN.

(Dentro.) El es.

MARSILLA.

¡Mi padre!

VOCES.

(Dentro.) El es.

MARSILLA.

¡Padre!

MARTIN.

(Dentro.) ¡Hijo mio!
Subid, corred, volad: libradle pronto.
(Salen caballeros y criados.)

MARSILLA.

Desatadme, decidme...
(Desatan á Marsilla.)

MARTIN.

(Saliendo.) ¡Hijo querido!

MARSILLA.

¡Padre!

MARTIN.

Por fin te hallé.

MARSILLA.

Decid... ¿Es tarde?
Yo quisiera dudar... Mi mal ¿es cierto?

MARTIN.

Respóndame las lágrimas que vierto.
Hijo del alma, á quien su hierro ardiente
La desgracia al nacer marcó en la frente,
Tu triste padre, que por verte vive,
Con dolor en sus brazos te recibe.
¿Quién tu llegada ha retardado?

MARSILLA.

El cielo...
El infierno... no sé... Facinerosos..
Una mujer... Dejádme.

MARTIN.

¿La sultana?
¿Esos bandidos que cobardes huyen
De los guerreros que conmigo traje?—
¿Te han herido?

MARSILLA.

¡Ojalá!

MARTIN.

¿Te han despojado?

MARSILLA.

Nada he perdido. La esperanza solo.

MARTIN.

¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
De la campana término ponía...

MARSILLA.

¡Esa tigre anunció la muerte mía!

MARTIN.

¿Lo sabes?

MARSILLA.

De ella.

MARTIN.

¡Horror! Entonces era
Cuando Jaime, el sentido recobrando,
La traidora noticia desmentía.
Corro al templo á saber... Miro, enmu-
[dezcó...
¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...
Dios lo ha querido así... Pero aun te que-
[dan
Padres que lloren tu destino triste.

MARSILLA.

El ajeno dolor no quita el mío.
¿Con que llenais el hórrido vacío
Que el alma siente, de su bien privada?
¡Padre! sin Isabel, para Marsilla
No hay en el mundo nada.
Po eso en mi doliente desvarío
Sed bárbara de sangre me devora.
Verterla á ríos para hartarme quiero.
Y cuando mas que derramar no tenga,
La de mis venas soltará mi acero.

MARTIN.

Hijo, modera ese furor.

MARSILLA.

¿Quién osa
Hijo llamarme ya! ¡Fuera ese nombre!
La desventura quiebra
Los vínculos del hombre con el hombre
Y con la vida y la virtud. Ahora
Que tiemble mi rival, tiemble la mora.
Breve será su victorioso alarde:
Para acabar con ambos aun no es tarde.

MARTIN.

¡Desgraciado! ¿qué intentas?

MARSILLA.

Con el crimen
El crimen castigar. Una serpiente
Se me enreda en los pies: mi pie destroce
Su garganta infernal. Un enemigo
Me aparta de Isabel: desaparezca.

MARTIN.

Hijo...

MARSILLA.

Perecerá.

MARTIN.

No...

MARSILLA.

¡Maldecido
Mi nombre sea, si la sangre odiosa
De mi rival no vierto!

MARTIN.

Es poderoso...

MARSILLA.

Marsilla soy.

MARTIN.

Mil deudos le acompañan..

MARSILLA.

Mi furia á mí.

MARTIN.

Merézcate respeto

Ese lazo...

MARSILLA.

Es sacrilego, es aleve.

MARTIN.

En presencia de Dios formado ha sido.

MARSILLA.

Con mi presencia queda destruido.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Isabel en la casa de don Rodrigo. Dos puertas á la izquierda del espectador, una en el fondo, y una ventana sin reja á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, DON MARTIN.

PEDRO.

Ya cesó la vocería.

MARTIN.

Ya se tranquiliza el pueblo.
Zaen en la cárcel queda
Con los demás bandoleros.

PEDRO.

Milagro ha sido salvarlos
Mayor que lo fué prenderlos.

MARTIN.

Y no los prenden quizá,
Si no acuden tan á tiempo
Los moros que de Valencia
Con los regalos vinieron
De su rey para mi hijo.
¡Regalos ya sin provecho!
¡Castigue Dios á quien tiene
La culpa.

PEDRO.

¡Oh! lo hará.—Primero
Que vayamos esta noche
Los dos al ayuntamiento,
Donde ya deben hallarse
Juntos el juez y mi yerno,
¿Tendreis, don Martin, á bien
Que los dos conferencemos
Un rato?

MARTIN.

Hablad.

PEDRO.

Aquí está

Zulima.

MARTIN.

Bien me dijeron
Los moros.

PEDRO.

En esta calle
Arremetió con los presos
Un tropel de gente; y ella,
Puesta en libertad en medio
Del tumulto se arrojó
Por estas puertas adentro.

MARTIN.

Confesad que don Rodrigo
La salvó.

PEDRO.

No lo confieso...
Porque no lo vi.

MARTIN.

Yo, en suma,
No diré que fué mal hecho:
El debe á la mora estar
Agradecido en estremo.
Por ella logra la mano
De Isabel.

PEDRO.

Resentimiento
Justo mostrais; pero yo,
Que he sido enemigo vuestro,
Necesito de vos hoy.

MARTIN.

Aquí me teneis, don Pedro.

PEDRO.

Sois quien sois.—Esa mujer
Nos pone en terrible aprieto.
Ya veis, los moros reclaman
Su entrega con mucho empeño.

MARTIN.

Y mientras el juez resuelve,
Cercada se ve por ellos
Esta casa.

PEDRO.

Y bien, ¿quisierais
Que entre vos y yo, de un riesgo
Libráramos á Teruel?

MARTIN.

Crímen fuera no quererlo.

PEDRO.

Si en la junta de la villa

Negamos, como debemos,
La entrega de la sultana,
Va á ser enemigo nuestro
El rey de Valencia, y puede
Gravísimo daño hacernos.

MARTIN.

Y el que recibimos ambos
De su mujer, ¿es quequeño?

PEDRO.

Pero es mujer, y nosotros
Cristianos y caballeros.

MARTIN.

Proseguid.

PEDRO.

El compromiso
Queda evitado, si hacemos
Que huya en el instante.

MARTIN.

Hagámoslo.

—Págumelo Dios el esfuerzo
Que me cuesta no vengarme.
Disponed.

PEDRO.

Con un pretexto
Llevad los moros de aquí.
De vos harán caso.

MARTIN.

Creo

Que sí.

PEDRO.

Lo demás es fácil.
Puesta ya en salvo, diremos
Que ella huyó por sí.

MARTIN.

Voy pue

Y ya que la mano tiendo
Al uno de los autores
De mi desventura, quiero
Dársela también al otro.
Decid al dichoso dueño
De esta casa y de Isabel,
Que mire en estos momentos
Por su vida; que mi hijo
Ya, loco de sentimiento
Y de furor, en su busca
Por Teruel; y, ¡vive el cielo
Que, doliente como está,
Valor le sobra al mancebo
Para vengar!... Perdonadme.
Adios. Voy á complaceros;
Y á buscarle y conducirle
Esta noche misma léjos
De unos lugares en donde

Vivimos los dos muriendo.
(Vase por la puerta de la izquierda, mas
cercana al proscenio.)

PEDRO.

Id con Dios.—¡Padre infeliz!
¿Y nosotros? Me estremezco
Al pensar en Isabel,
Cuándo de todo el suceso
Llegue á enterarse.

ESCENA II.

TERESA, DON PEDRO.

TERESA.

(Dentro) ¡Favor!
Que me vienen persiguiendo! (Sale.)

PEDRO.

¡Teresa! ¿Qué hay? ¿Quién te sigue?

TERESA.

Las ánimas del infierno...
Las del purgatorio... No
Sé cuáles; pero las veo,
Las oigo...

PEDRO.

Mas ¿qué sucede?

TERESA.

¡Ay! muerta de susto vengo.
¡Ay!—Isabel me ha enviado
Por mi señora corriendo,
Que volvió; no sé por qué,
A la casa del enfermo;
Y antes de llegar, he visto
En un callejon estrecho,
Junto á la ermita caida...
¡Jesús! convulsa me vuelvo
A casa.

PEDRO.

¿Qué viste? Dí.

TERESA.

Una fantasma, un espectro
Todo parecido, todo,
Al pobreido don Diego.

PEDRO.

Calla: no te oiga Isabel.
Guarda con ella silencio:—
Marsilla ha venido, y ella
No lo sabe.

TERESA.

Pero ¿es cierto
qué vive?

PEDRO.

¿No ha de ser?

TERESA.

¡Ay!

Pues otra desgracia temo.

PEDRO.

¿Cuál?

TERESA.

No lo aseguraré,
Por si es aprension del miedo;
Sin embargo, yo creí
Ver que se llevaba el muerto
Asido del brazo al novio.

PEDRO.

¡Qué dices!

TERESA.

Aun traigo el eco
De su voz en los oídos.
Con alarido tremendo
Decía: «Vas á morir,
Has de morir.—Lo veremos,»
Replicaba don Rodrigo;
Y echando votos y retos,
Iban los dos como rayos
Camino del cementerio.
Yo, señor, ya les recé
La salve y el padre nuestro
En latin.

PEDRO.

Se han encontrado
Y van á tener un duelo.
Esto es antes.

ESCENA III.

ISABEL, por la segunda puerta del lado izquierdo;
DON PEDRO, TERESA.

ISABEL

¡Padre!

PEDRO

Aguárdame

Aquí: pronto volveremos
Tu madre, tu esposo y yo.
Venid, Teresa. (*Vanse los dos.*)

ISABEL.

¿Qué es esto?

¡Mi padre me deja sola,
Cuando con tanto secreto
Un moro me quiere hablar!
Sin duda están sucediendo
Cosas estrañas aquí.
(*Acércase á la segunda puerta.*)
Llegad. Al mirarle, tiemblo.

TOMO VIII.

ESCENA IV.

ADEL, ISABEL.

ADEL.

Cristiana, brillante honor
De las damas de tu ley,
Yo imploro, en nombre del rey
De Valencia, tu favor.

ISABEL.

¿Mi favor?

ADEL.

Tendrás noticia
De que salió de su córte
Zulima, su infiel consorte,
Huyendo de su justicia.

ISABEL.

Sí.

ADEL.

Mi señor decretó
Con rectitud musulmana
Castigar á la sultana,
Ya que á Marsilla premió.

ISABEL.

¡Premiar!... ¿Ignoras, cruel,
Que le dio muerte sañuda?

ADEL.

Tú no le has visto, sin duda,
Entrar como yo en Teruel.

ISABEL.

¿Marsilla en Teruel?

ADEL.

Sí.

ISABEL.

Mira

Si te engañas.

ADEL.

Mal pudiera.
Infórmate de cualquiera.
Y mátenme si es mentira.

ISABEL.

No es posible.—¡Ah, sí! que siendo
Mal, no es imposible nada.

ADEL.

Por la villa alborotada
Tu nombre va repitiendo.

ISABEL.

¡Eterno Dios! ¡Qué infelices
Nacimos!—¿Cuándo ha llegado?

¿Cómo es que me lo han callado?
Y tú, ¿por qué me lo dices?

ADEL.

Porqué estás, á mi entender,
En grave riesgo quizá.

ISABEL.

Perdido Marsilla, ya
¿Qué bien tengo que perder?

ADEL.

Con viva lástima escucho
Tus ansias de amor estremas;
Pero aunque tú nada temas,
Yo debo decirte mucho.
Marsilla á mi rey salvó
De unos conjurados moros,
Y el rey virtió sus tesoros
En él, y aquí le envió.
El desprecio la liviana
Inclinacion de la infiel...

ISABEL.

¡Oh, sí!

ADEL.

Y airada con él,
Vino, y se vengó villana
Contando su falso fin.

ISABEL

¡Ella!

ADEL.

Con una gabilla
De bandidos, á Marsilla
Detuvo, ya en el confin
De Teruel, donde veloces
Corriendo en tropel armado,
Le hallamos á un tronco atado,
Socorro pidiendo á voces.

ISABEL.

Calla, moro: no mas.

ADEL

Pasa
Mas, y es bien que te aperciba.
—La sultana fugitiva
Se ha refugiado en tu casa:
En esta.

ISABEL.

¡Aquí mi rival!

ADEL.

Tu esposo la libertó.

ISABEL.

¡Ella donde habito yo!

ADEL.

Guárdate de su puñal.

Por celos allá en Valencia.
Matar á Marsilla quiso.

ISABEL.

A tiempo llega el aviso.

ADEL.

Confirma tú la sentencia
Que justo lanzó el amir.
Por esa mujer malvada,
Para siempre separada
De Marsilla has de vivir.
Ella te arrasta al odioso
Tálamo de don Rodrigo.
Enviala tú conmigo
Al que le apresta su esposo,
Pena digna del ultraje
Que siente.

ISABEL.

Sí, moro: salga
Pronto de aquí, no le valga
El fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
Entró en mi casa: pues bien,
Al cazador se la den,
Que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
Con ella, fuera rayar
En loca: voy á mandar
Que la traigan arrastrando.
Sean de mi furia jueces
Cuantas pierdan lo que pierdo.
¡Jesús Cuando yo recuerdo
Que hoy pude... ¡Jesus mil veces!
No le ha de valer el llanto,
Ni el ser mujer, ni ser bella,
Ni reina. ¡Si soy por ella
Tan infeliz! ¡tanto, tanto!..
Díme, pues, dí: tu señor,
¿Qué suplicio le impondrá?

ADEL.

Una hoguera acabará
Con su delincuente amor.

ISABEL.

¡Su amor! ¡Amor desastrado!
Pero es amor...

ADEL.

Y ¿es bastante
Esa razon?...

ISABEL.

¡Es mi amante
Tan digno de ser amado!
Le vió, le debió querer
En viéndole.—¡Y yo, que hacia
Tanto que no le veía...
Y ya no le puedo ver!
—Moro, la víctima niego

Que me vienes á pedir:
 Quiero yo darle á sufrir
 castigo mayor que el fuego.
 Ella con feroz encono
 Mi corazón desgarró...
 Me asesina el alma... yo
 La defiendo, la perdono. (*Vase.*)

ESCENA V.

ADEL.

He perdido la ocasión.
 Suele tener esta gente
 Acciones, que de un creyente
 Propias en justicia son.
 Yo dejara con placer
 Este empeño abandonado;
 Pero el amir lo ha mandado,
 Y es forzoso obedecer. (*Vase.*)

ESCENA VI.

MARSILLA, *por la ventana.*

Jardín... una ventana... y ella luego.
 Jardín abierto hallé y hallé ventana;
 Mas ¿dónde está Isabel?—Dios de clemencia,
 Detened mi razón, que se me escapa;
 Detenedme la vida, que parece
 Que de luchar con el dolor se cansa.
 Siete días hace hoy, ¡que venturoso
 Era en aquel salón! Sangre manaba
 De mi herida, es verdad; pero agolpados
 Al rededor de mi lujosa cama,
 La tierna historia de mi amor oían
 Los guerreros, el pueblo y el monarca,
 Y entre piadoso llanto y bendiciones—
 Tuya será Isabel—juntos clamaban
 Súbditos y señor. Hoy no me ofende
 Mi herida, rayos en mi diestra lanza
 El damasquino acero... No le traigo...
 ¡Y hace un momento que con dos me hallaba!
 Salvo en Teruel y vencedor, ¿qué angustia
 Viene á ser esta que me rinde el alma,
 Cuando acabada la cruel ausencia,
 Voy á ver á Isabel?

ESCENA VII.

ISABEL, MARSILLA.

ISABEL.

Por fin se encarga
 Mi madre de Zulima.

MARSILLA.

¡Cielo santo!

ISABEL.

¡Gran Dios!

MARSILLA.

¿No es ella?

ISABEL.

¡El es!

MARSILLA.

¡Prenda adorada!

ISABEL.

¡Marsilla!

MARSILLA.

¡Gloria mía!

ISABEL.

¿Cómo, ¡ay! como
 Te atreves á poner aquí la planta?
 Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?

MARSILLA.

Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no basta,
 Para que hacia Isabel vuele Marsilla,
 Querér, deber, necesitar mirarla?
 ¡Oh! ¡que hermosa á mis ojos te presentas
 Nunca te ví tan bella, tan galana...
 Y un pesar sin embargo indefinible
 Me inspiran esas joyas; esas galas.
 Arrójalas, mi bien; lana modesta,
 Cándida flor, en mi jardín criada,
 Vuelvan á ser tu virginal adorno:
 Mi amor se asusta de riqueza tanta.

ISABEL.

(*Ap.*) ¡Delira el infeliz! Sufrir no puedo
 Su dolorida, atónita mirada.—
 ¿No entiendes lo que indica el atavío,
 Que no puedes mirar sin repugnancia?
 Nuestra separación.

MARSILLA.

¡Poder del cielo!

Sí. ¡Funesta verdad!

ISABEL.

¡Estoy casada!

MARSILLA.

Ya lo se. Llegué tarde. Vi la dicha,
 Tendí las manos, y volé al tocarla.

[ISABEL.

Me engañaron: tu muerte supusieron
 Y tu infidelidad.

MARSILLA.

¡Horrible infamia!

ISABEL.

Yo la muerte creí.

MARSILLA.

Si tú vivias,

Y tu vida y la mía son entrambas
Una sola no mas, la que me alienta
¿Cómo de tí sin tí se separara?
Juntos aquí nos desterró la mano
Que gozo y pena distribuye sabia:
Juntos al fin de la mortal carrera
Nos toca ver la celestial morada.

ISABEL.

¡Oh! ¡si me oyera Dios!...

MARSILLA.

Isabel, mira,
Yo no vengo á dar quejas: fueran vanas.
Yo no vengo á decirte que debiera
Prometerme de tí mayor constancia,
Cumplimiento mejor del tierno voto
Que invocando á la Madre inmaculada,
Me hiciste amante la postrera noche
Que me apartó de tu balcon el alba.—
¡Para tí (sollozando me decias),
O si no, para Dios!—¡Dulce palabra,
Consoladora fiel de mis pesares
En los ardientes páramos del Asia
Y en mi cautividad! Hoy ni eres mía,
Ni esposa del Señor. Dí, pues, declara
(Esto quiero saber) de qué ha nacido
El prodigio infeliz de tu mudanza.
Causa debe tener.

ISABEL.

La tiene.

MARSILLA.

Grande.

ISABEL.

Poderosa, invencible: no se casa
Quién amaba cual yo, sino cediendo
A la fuerza mayor en fuerza humana.

MARSILLA.

Dímelo pronto, pues, dílo.

ISABEL.

Imposible.

No has de saberlo.

MARSILLA.

Sí.

ISABEL.

No.

MARSILLA.

Todo.

ISABEL.

Nada.

Pero tú en mi lugar tambien el cuello
Dócil á la coyunda sujetaras.

MARSILLA.

Yo no, Isabel, yo no. Marsilla supo
Despreciar una mano soberana
Y la muerte arrostrar, por quien ahora
La suya vende y el por que le calla.

ISABEL.

(Ap.) ¡Madre, madre!

MARSILLA.

Responde.

ISABEL,

(Ap.) ¿Qué le digo?—

Tendré que confesar... que soy culpada.
¿Como no lo he de ser? Me ves ajena.
Perdóname... Castígame por falsa, (Llora)
Mátame, si es tu gusto... Aquí me tienes,
Para el golpe mortal arrodillada.

MARSILLA.

Idolo mio, no; yo si que debo
Poner mis labios en tus huellas. Alza.
No es de arrepentimiento el lloro triste
Que esos luceros fúlgidos empaña;
Ese llanto es de amor, yo lo conozco,
De amor constante, sin doblez, sin tacha,
Ferviente, abrasador, igual al mio.
¿No es verdad, Isabel? Dímelo franca:
Va mi vida en oírtelo.

ISABEL.

¿Prometes

Obedecerle á tu Isabel?

MARSILLA.

¡Ingrata!

¿Cuando me rebelé contra tu gusto?
Mi voluntad ¿no es tuya? Dispon, habla.

ISABEL.

Júralo.

MARSILLA.

Sí.

ISABEL.

Pues bien... Yo te amo.—Vete.

MARSILLA.

¡Cruel! ¿Temiste que ventura tanta
Me matase á tus pies, si su dulzura
Con venenosa hiel no iba mezclada?
¿Cómo esas dos ideas enemigas
De destierro y de amor hiciste hermanas?

ISABEL.

Ya lo ves, no soy mía; soy de un hombre
Que me hace de su honor depositaria,
Y debo serle fiel. Nuestros amores
Mantuvo la virtud libres de manchas:

Su pureza de armiño conservemos.—
Aquí hay espinas, en el cielo palmas.
Tuyo es mi amor y lo será: tu imagen
Siempre en el pecho llevaré grabada,
Y allí la adoraré: yo lo prometo,
Yo lo juro; mas huye sin tardanza.
Libértame de tí, sé generoso:
Libértame de mí...

MARSILLA.

No sigas, basta.
¿Quieres que huya de tí? Pues bien, te
[dejo.

Valor... y separémonos.—En paga,
En recuerdo si no, de tantas penas
Con gozo por tu amor sobrellevadas,
Permite, Isabel mía, que te estrechen
Mis brazos una vez...

ISABEL.

Deja á la esclava
Cumplir con su señor.

MARSILLA.

Será el abrazo
De un hermano dulcísimo á su hermana,
El ósculo será que tantas veces
Cambió feliz en la materna falda
Nuestro amor infantil.

ISABEL.

No lo recuerdes.

MARSILLA.

Ven.

ISABEL.

No: jamás.

MARSILLA.

En vano me rechazas.

ISABEL.

Detente... ó llamo...

MARSILLA.

¿A quién? ¿A don Rodrigo?
No te figures que á tu grito salga,
No lisonjeros plácemes oyendo,
Su vanidad en el estrado sacia,
No; lejos de los muros de la villa,
Muerde la tierra que su sangre baña.

ISABEL.

¡Qué horror! ¿Le has muer!o?

MARSILLA.

¡Pérfida! ¡te afliges!
Si lo llego á pensar, ¿quién le librara?

ISABEL.

¿Vive?

MARSILLA.

Merced á mi nobleza loca,
Vive: apenas cruzamos las espadas,
Furiosa en él se encarnizó la mia:
Un momento despues, hundido estaba
Su orgullo en tierra, en mi poder su acero.
¡Oh! ¡maldita destreza de las armas!
¡Maldito el hombre que virtudes siembra,
Que le rinden cosecha de desgracias!
No mas humanidad, crímenes quiero.
A ser cruel tu crueldad me arrastra,
Y en ti la he de emplear. Conmigo ahora
Vas á salir de aquí.

ISABEL.

¡No! no!

MARSILLA.

Se trata
De salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo
El cobarde que lloras desolada,
Al caer en la lid? Triumfante quedas;
Pero mi sangre costará bien cará.

ISABEL.

¿Qué dijo? ¡Qué?

MARSILLA.

Me vengaré en don Pedro.
En su esposa, en los tres: guardo las cartas,

ISABEL.

¡Jesus!

MARSILLA.

¿Qué cartas son?

ISABEL.

¡Tú me has perdido!
La desventura sigue tus pisadas.
¿Dónde mi esposo está? ¡Dimelo pronto,
Para que fiel á socorrerle vaya,
Y á fuerza de rogar venza sus iras!

MARSILLA.

¡Justo Dios! ¡Y decia que me amaba!

ISABEL.

¿Con su pasión funesta reconvienes
A la mujer del vengativo Azagra?
¡Te aborrezco! (Vase.)

ESCENA VIII.

MARSILLA.

¿Gran Dios! Ella lo dice.
Con furor me lo dijo: no me engaña.
Ya no hay amor allí. Mortal veneno

Su boca me arrojó, que al fondo pasa
De mi seno infeliz, y una por una,
Rompe, rompe, me rompe las estrañas!
Yo con ella, por ella, para ella
Viví... Sin ella, sin su amor, me falta
Aire que respirar... ¡Era amor suyo
El aire que mi pecho respiraba!
Me le negó, me le quitó: me ahogó,
No se vivir.

VOCES.

(Dentro.) Entrad, cercad la casa.

ESCENA IX.

ISABEL, trémula y precipitada; MARSILLA.

ISABEL.

Haye que viene gente, huye.

MARSILLA.

(Todo trastornado.) No puedo.

VOCES.

(Dentro.) ¡Muera, muera!

MARSILLA.

Eso sí.

ISABEL.

Ven.

MARSILLA.

¡Dios me valga!

(Isabel le ase la mano y se entra con él por la puerta del fondo.)

ESCENA X.

ADEL, buyendo de varios CABALLEROS con espadas desnudas, DON PEDRO, MARGARITA, criados; ISABEL y MARSILLA, dentro.

CABALLEROS.

¡Muera, muera!

PEDRO. MARGARITA.

Escuchad.

ADEL.

Aragoneses,

Yo la sangre vertí de la sultana;
Pero el rey de Valencia, esposo suyo,
Tras ella me envió para matarla.
Consorte criminal, amante impia,
La muerte de Marsilla maquinaba
La muerte de Isabel...

ISABEL.

(Dentro.) ¡Ay!

ADEL.

Ved en prueba

Esta punta sutil envenenada.

(Muestra el puñal de Zulima.)

Marsilla lo que digo corrobore.

Cerca de aquí ha de estar.

(Abrese la puerta del fondo, y sale por ella Isabel, que se arroja en brazos de Margarita. Marsilla aparece caído en un escaño.)

ESCENA XI.

ISABEL, dichos.

ISABEL.

¡Madre del alma!

ADEL.

Vedle allí...

MARGARITA.

¡Santo Dios!

PEDRO.

Inmóvil...

ISABEL.

¡Muerto!

ADEL.

Cumplió Zulima su feroz venganza.

ISABEL.

No le mató la vengativa mora.

Donde estuviera yo, quien le tocara?

Mi desgraciado amor, que fué su vida...

Su desgraciado amor es quien le mata.

Delirante le dije: Te aborrezco:

El creyó la sacrilega palabra,

Y espiró de dolor.

MARGARITA.

Por poco el cielo...

ISABEL.

El cielo que en la vida nos aparta,
Nos unirá en la tumba.

PEDRO.

¡Hija!

ISABEL.

Marsilla

Un lugar á su lado me señala.

MARGARITA.

¡Isabel!

PEDRO.
¡Isabel!

ISABEL.

Mi bien perdona

Mi despecho fatal. Yo te adoraba.
Tuya fui, tuya soy: en pos del tuyo
Mi enamorado espíritu se lanza.
*(Dirigese adonde está el cadáver de Mar-
silla; pero antes de llegar, cae sin aliento
con los brazos tendidos hácia su amante.)*
